

# EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 2 de Abril de 1899.

Número 14



*Las Transfiguración.*

CUADRO DE RAFAEL.

MUSEO DEL VATICANO.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

## LA SEMANA

El espectáculo que en México nos ha divertido durante la Semana Santa, aparte las grandes decoraciones religiosas con que se revisten en estos días los templos, es el *Cinematógrafo*. En el centro de la ciudad hay tres de estos aparatos vencedores gloriosos del *Kinetoscopio* y de otras exhibiciones de óptica.

Somos decididamente unos niños: nos agradan sobre manera estas sanas diversiones que recrean los ojos y vierten en la fantasía la adormidera de los sueños.

Recuerdo que desde la *Exposición Imperial* nos mostramos decididos protectores de estos juegos de la luz que tanto nos encantan y entretienen. El *Cinematógrafo*, sin embargo, es el único que ha vivido largas temporadas entre nosotros, sin fastidiarnos. Desde luego tiene sobre sus rivales una buena ventaja: no es preciso ponerse en acecho detrás de un lente, en postura incómoda, para sorprender lo que hay más allá del cristal vivamente iluminado; no hay necesidad de ponerse pupilas postizas para ver el mundo de lo maravilloso. El flamante invento está muy lejos de ser el anteojo de Hans Schnap, aquel del cuentecillo alsaciano, especie de telescopio de la felicidad y que hacía contemplar á quien le aplicaba la vista, todos sus sueños realizados, todas sus esperanzas cumplidas, todas sus aspiraciones satisfechas, su dicha, en fin, tal como la imaginación la había tejido, enhebrando las cosas reales con el hilo de oro de la locura.

El *Kinetoscopio* y la *Exposición* sí se asemejan al anteojo de Hans. Es necesario ponerle espejuelos á la fantasía para que mire. Está cerrada la puerta del encanto; pero la fantasía—chiquilla traviesa—se pone de puntillas para ver por el ojo de la cerradura.

¡Qué bien que se divierte! Allá dentro está China, con sus casas de torres extrañas, que parecen *abatjour* superpuestos, y que, en el cristal azul mate del horizonte, figen una selva de pinos exóticos; allá está el templo de Budda con sus bonzos panzudos y melancólicos en el pórtico; allá está el Egipto con sus llanuras de tierra seca y amarilla, y su cielo ardiente recortado en la lejanía por el abanico de una palmera ó la punta de una pirámide ó el caprichoso *zig-zag* de la cordillera Líbica; allá están los viejos países, las catedrales góticas, erizadas de agujas, los bosques húmedos y oscuros, con sus intrincadas galerías y sus naves de ramaje por donde la luz no penetra nunca, los lagos italianos pulidos y espejantes, con brillanzas y azuleos de acero pavonado; allá están los muros de encaje de la Alhambra, las ruinas del Coliseo, los castillos normandos, las mezquitas turcas, los patios andaluces. Y la fantasía hace el rápido viaje, un viaje lleno de peripecias y aventuras, hacia las Venecias de las ilusiones y los Stambules de los anhelos, como dijo el poeta.

Mas por muy vivaracha y muy traviesa que sea la fantasía, no alcanza á dar existencia completa á sus visiones porque á todos ellas les faltaba el signo característico de la vida: el movimiento. No vuelan las palomas de la Plaza de San Márcos, ni bulle el agua en la fuente monumental de Viena, ni llega á atravesar la góndola el Puente de los Suspiros; las calles están henchidas de una multitud inmóvil; las procesiones se han detenido; los rostros nos ven curiosamente, como ven los que van á retratarse, la cámara del fotógrafo; el agua no balancea los buques en el canal de Kiel ni el aire sacude la oriflama; no se oye un grito, no se vuelve una cabeza, no se agita una mano. Todo lo que se mira, es verdadero y exacto y hermoso, sólo que está muerto; es un instante retenido y petrificado. La cámara obscura hizo con una fiesta, con un desfile, con una muchedumbre, lo que el naturalista hace con las mariposas: sale al campo, las caza, las atraviesa con un alfiler y, con las alas abiertas, las prende en los cartones de su colección.

Pero la imaginación, la muchacha exigente y visionaria, quiere escuchar un poco de ruido y ver otro poco de movimiento.

Y por eso corre al *Kinetoscopio*, y se asoma por los lentes del aparato, que parecen dos ojos fulgurantes, y toma las trompetillas del fonógrafo y ve, y oye, y sueña á su sabor, y se regocija.

¿Recordáis el *Kinetoscopio*?

Dentro de la caja de madera, sí está la vida, rápida, eléctrica, que brilla y se apaga en un instante, que pasa ante la mirada como un bólido por el cielo. Se escucha una extraña música, y al mismo tiempo aparece en un fondo negro como el de las magias de un ilusionista, una mujer del Oriente, una bayadera, ó se oye rumor de martillos y se contempla un episodio en las fraguas de una herrería, ó se ve una revista militar, con ejércitos que marchan á compás mientras las fanfarrias sacuden el aire con sus marchas.

A pesar de su violencia, cualquiera escena impresionada y divierte. Sin embargo, aún pides más, como en la famosa dolora, fantasía insaciable y descontentadiza. Más, porque la existencia que te simula el *kinetoscopio*, es falsa, como prestada, como de imita-

ción; no ves seres, como creías, sino muñecos, que van y vienen, te saludan, bailan, hacen contorsiones y dan saltos como los *marionettes* en un teatro de niños. Aquellos cuadros están tomados de la realidad; así debió de ser la Danza del vientre, así se envuelve en su ropaje de fuente maravillosa la Serpentina; pero las figuras son pequeñas, se desvenecen por átomos de segundo en el espacio para volver á surgir del fondo opaco, y pierden, por lo mismo, su apariencia humana. Falta algo para dejar contenta á la ilusa. ¿Qué falta, Dios mio? En el *kinetoscopio*, los seres adquieren alma, pero parece que la perdieron las cosas; la Naturaleza recobró sus ruidos pero perdió su claridad; la sensación es trunca porque la vida está incompleta.

Y la fantasía, cansada de buscar, se pone á ver el *Cinematógrafo*. En la triunfante diversion de óptica no hay necesidad de ponerse los anteojos Hans. Basta con entrar y sentarse cómodamente frente al extremo de la sala. Esperar; se espera un minuto; el indispensable para que la curiosidad se despierte; tiene ella el sueño muy ligero y es amiga y perseguidora de novedades y modas.

A poco, se apagan bruscamente los cucuyos eléctricos que, retorcidos, fulguraban dentro de su voluta de vidrio, y en el cuadro de albura uniforme y limpia, como una página en blanco, se presenta de improviso, una lámina, un fotograbado, una ilustración de Revista, en grande, del tamaño natural, y cuyas figuras adquieren desde luego relieve y vivacidad.

Figuraos que estáis contemplando una linda estampa, y que, desvanecidos por la atención, veis que el dibujo adquiere movimiento; que el fondo se ahonda, que el ambiente se llena de aire y de claridad, y que los personajes toman cuerpo, se mueven á su antojo, despreocupados del paisaje que representan y de la intención del artista.

A este nuevo aparato que nos entretiene con la reproducción de la vida le falta el sonido. Dicen que puede trabar amistad con el fonógrafo y pedirle auxilio.

La fantasía, la curiosa soñadora, cuando vuelve de su asombro, le da las gracias á la ciencia, á la calumniada, á la que dice Spencer que es la Cenicienta.

¡Y hay todavía quien asegure que la Ciencia es árida!

\*\*

Ahí están abiertos ya los teatros todos: podéis pasar. Un espectáculo teatral es también una diversion de la fantasía, un juego infantil del espíritu. Es la casa de muñecas, es la guerra de soldados de plomo de la imaginación. El mundo real se vuelve niño ante nosotros y nos divierte con fingirnos sucesos que no son y seres que no viven. Como muchacho travieso que se pusiera á asustar á tímidos rapaces, se coloca la máscara dolorida y nos hace llorar, ó bien se asoma con la máscara alegre y nos contenta. Cuando al bajar por última vez el telón nos levantamos del asiento y atravesamos el vestíbulo de un teatro, se nos antoja que despertamos de un sueño.

Al cabo de algunos instantes, el recuerdo dulce ó amargo se ha desvanecido. La vida llega y nos dice: Parece que te habías olvidado de mí. ¡Qué ingrato eres!



## Estampas viejas.

DAVID.

I

El pastor de Bethlehem.

Yo conocí al rey profeta: se llamaba Sbriglia; muchos retratos de David había visto, (distintos todos, naturalmente; pero con un rasgo común: una gran barba patriarcal y una harpa de pedales, que daba una idea muy vaga, por cierto, de la clásica sambuca ó *kinnor* de los trovadores asiáticos) este David demis estampas siempre estaba triste, era el David de los salmos penitenciales (diremos mejor *psalmos*.) Debe de haber sido por todo extremo melancólico el autor de tan melancólicos cantares. Quien compuso este inmortal lamento (*Miserere*):

«¡Oh Elohím, ten de mí piedad según la gracia tuya—

Y según la magnitud de tu amor mis transgresiones borra—

de mi iniquidad lávame  
de mis pecados púgame—

Porque conozco mis faltas, y mis delitos están siempre enfrente de mí»

Quien gimió estas endechas pavorosas (*De profundis*):

«Desde lo profundo te llamo, ¡oh! Iahvé,  
Escucha, Adonái, mi voz;  
Atentos sean los oídos tuyos  
A los acordes de mis suplicaciones,  
¡Oh! Iah, si tomas en cuenta las iniquidades,  
¿Quién, Señor, en pié quedar podría?»

Y aunque sostengan muchos que nada de esto es de David y que del pastor que cantaba como *la paloma de los lejanos terebintos*, nada ó muy poco auténtico nos queda ¿quién puede borrar del alma de la humanidad judía y cristiana la imagen del rey psalmista? ¿Su imagen triste?...

Y os explicaréis mi sorpresa cuando en vez del tetrico anciano de las dolientes elegías, me encontré (tenía yo trece años) con el rey profeta en carne y hueso, joven, elegante, fascinador; si entonces ya hubiera leído lo que dice Renan de David (lo que no podía ser, en segundo lugar, porque no lo había dicho todavía) á quien llama antes de apellidarlo bandido, un prodigio de gracia, de elegancia y de talento, habría podido definirme para mi colete al hombre que tenía delante; pero ¿qué digo? si aquel David era la prefiguración de Jesús, el Cristo (así lo consideraba la Iglesia). Prefiguración material: la misma estatura, la misma barba delicadamente dividida, la ondulante cabellera y el encanto, la fascinación inefable de la mirada; y aquel Cristo era tenor, no sé si tocaba el harpa, pero cantaba con una aflautada y primorosa vocecilla; después de todo la Iglesia hace bien en encargar de la voz de Jesús, en las Misas de Pasión, á un *basso profundo*; esto es preferible aun al Cristo barítono del padre Perosi.

Había en mi tierra un padre Castellanos, santo varón, que cuando vestido con su alba y su estola negra en los oficios de Semana Santa, lanzaba en el registro más grave de la escala vocal, el famoso: *quem quaeritis?* á los cómplices de Judas, nos estremecía á los dos mil concurrentes que lo escuchábamos en la Catedral de Mérida.

Conocí á David en la Catedral de Munster el año de gracia ó de desgracia de 1861; debía tener, por tanto, cerca de tres mil años de edad. Y no; era un joven que fascinaba literalmente en sus paños blancos y bajo su áurea corona que coruscaba de diamantes y carbúnculos, cuando seguido de interminables y abigarrado cortejo, discurría al son de las trompetas de Meyerbeer bajo las naves de palo y tela pintada dispuestas con muchísimo talento por un pobre Sr. Serrano, el gran escenógrafo de mis tiempos.

¿Claro que usted nos habla de una ópera, dirán con admirable perspicacia mis lectores? Ruégoles que se coloquen cinco minutos en el estado de ánimo de un muchacho de provincia, pobre, recién desempacado, un sí es no es volado de cascos, que había estudiado la historia santa profundamente... en las ilustraciones de una Biblia del padre Scio y que repentinamente se encuentra en un teatro que le pareció la primera maravilla (no había visto las otras ocho) en medio de un mundo de gente, de rumores, de elegancia y aplausos que le dejaron nervioso por un año. ¿Había de creer que todo aquello era ficción? ¿Quién en mi caso lo ha creído? Juan de Leyde era David, la inspiración sortilega de Meyerbeer lo había evocado del fondo del abismo, *de profundis*. Luego me he familiarizado algo con la historia ó la leyenda de este personaje extraño, simpático y terrible. Lo veo gigantesco en el bien y en el mal, y en la historia quienes así son me avasallan. ¿A vosotros no, lectores, no, lectoras? Tal vez sea un fenómeno de crepúsculo este agrandamiento; en el Oriente, como en las capas atmosféricas en donde refracta el sol naciente sus primeros rayos, los héroes adquieren proporciones extra-humanas.

\*\*

Una vida típica fué la suya; un bravo como Humjadi Yanos ó Iskander-Bey, un cruel como Bayezid ó Selim, un generoso como Saladino, un aventurero sin escrúpulos como un Visconti ó un Sforza, ó más bien, un Cid, un Ruy Diaz que hubiese llegado á ser rey de Castilla, tales son los tipos clásicos en que se distribuyen y personifican los elementos que compusieron el alma compleja de David. (¿Quién ha dicho que el alma es simple?) Pero cuán ardiente de colorido se nos presenta la gran figura en Samuel, en los Reyes, en las Crónicas! Oro y púrpura, la de la sangre, negro de abismo, el azul crudo y vibrante del cielo del Desierto, otro azul, que no es más que la transparencia de los espacios negros, la que los asemeja á un fanal cuyo foco no se ve sino se sueña, un nocturno azul de Salmo goteado todo de estrellas que caen siempre y no llegan nunca; tales son los tintes con que el dedo soberano de Iahvé esfumó á David en el cristal de la historia para proyectarlo luego al través de la imaginación israelita que todo lo agiganta en el telón sin fin de la leyenda.

Los niños de mi tiempo (no ha llovido poco desde entonces) despertábamos á la historia, entre los cuentos de hadas y el Robinson Crusoe, y cuando todavía no asomaban en el horizonte las grímpolas multicolores

del barco maravilloso de papá Dumas, no leyendo, lo dije ya, sino soñando sobre las estampas de algunos libros cuya substancia era histórica. Y esas estampas son verdaderas *negativas* que grabadas en nuestro cerebro, como en el papel sensible, se convierten en *positivas* imborrables; la memoria las fija para siempre. Estos clichés (me refiero á los históricos nada más) con ligeras variantes, según el *medio* doméstico que nos envuelve, son, además del David, ya profeta, ya matador de Goliath, una imagen del Paraíso, Adán, Eva, la Serpiente; el Arca de Noé; las Pirámides; los retratos de Moctezuma y de Cortés y varios Napoleones; de estos muchos, y son los que más impresionan naturalmente. Lo cierto es que, todavía no habíamos dejado de ser niños, y ya estaba decorada nuestra imaginación con estos *panneaux* soberbios; llenos de encanto y poesía en acción. Entre ellos vivíamos las primeras escenas de nuestra propia tragedia psicológica, los chicuelos de mi época. ¡Ay! aquí del suspiro en verso de Jorge Manrique. ¿Será ó no justo encontrar mejor esas decoraciones y bambalinas de antaño que las de hoy, constituidas por las *cocottes* y demás cantantes reproducidas en las cajetillas de cigarros, que reemplazan con ventaja á la serpiente del Paraíso, así como á David y Goliath lo substituye con mayor *dominaire* un Mazzantini de tantos estoqueando un bicho?

\* \*

El viejo Ishaí (Isaí) era un patriota de esa brava tribu meridional de los beneyehudá, (Judá) que, desde lo alto de sus rocas quemadas por el implacable sol de Siria, atisbaba por un lado el mar de los Filisteos y por el lado oriental bajaba de escalón en escalón agarrándose á los bosques de sicomoros y terebintos henchidos de rumores de aguas y de cantos pastoriles, verdaderos oasis en las rocas, hasta la lúgubre hondada en que, á ochenta ó cien metros bajo el nivel del Océano vivo, yace en su enorme plato de sal el lago muerto. Por las grietas cálidas de las montañas, en las húmedas sombras de los bosques, á orillas de los *aguajes* del país sediento, vagaba de continuo el hijo menor del viejo patriota que en Bethlehem tenía su casa y en Iahvé su corazón, en Iahvé que había sacado á los beneyisrael de la servidumbre de Mizraim (Egipto).

El lucero de los pastores, el precursor Lucifer, surgía apenas entre las cimas azules de los montes de la aurora, y ya, corriendo en pos de sus corderos, bajaba David por la quiebra hasta el torrente cercano; hacía su provisión de guijarros planos propios para hender con mayor rapidez el aire; pronto veía esparcirse su rebaño por los collados cubiertos de grama perdida en un interminable tapiz de flores de primavera, cuyo abigarramiento, ni los maravillosos artifices de Babilonia pretendían reproducir en sus policromas telas. Una cenefa espesa de felpa verde indicaba, á lo lejos, el curso sesgo del torrente Quidrón (Cedrón) cuya vera seguía largo tiempo el pastorcillo buscando planos y cortantes guijarros que guardaba en el zurrón de cuero, provisión de la honda que en aquellos momentos le servía para ceñir bien en derredor de sus lomos el vellón hispido de una oveja negra. Pero: vosotros conocéis á este pastor, en el salón que precede á la galería dorada de la Escuela de Bellas Artes, lo retrató Murillo, según dicen, apoyado en el brocal de una fuente y tendiendo los labios rojos de sangre viva y de sed árabe hacia el hilo de agua que cae lejos todavía de su ávida boca. Diréis que este es un anacronismo imperdonable y que mal pudo el artista del siglo XVII retratar á un pastor de mil años antes de Cristo; reíros de esa objeción chavacana ¿no lo estoy retratando yo?

Y si no temiera fatigaros, os haría el obsequio de unos cuadritos orientales pintados *de chic*, porque no he visto el Oriente más que en sueños (en sueños repetidas veces, eso sí;) voy á esbozarlos para que os figuréis como serían y probablemente para que me agradezcáis que no los pinte y menos á la pluma que es como pintamos los literatos:

Núm. 1.—David, desnudo, trepando por las aristas de las rocas, en busca de aves de presa; sus piernas gráciles, pero articuladas de acero, lo ayudaban en vertiginosa ascensión; rojas huellas de sangre, de esa vívida sangre de la edad en que nada nos importa perderla, marcan su paso. Luego, arriba, en las puntas de las peñas, píos roncós de polluelos, (eso sí no lo puede reproducir un pintor común y corriente) aleteos negros de una gran ave, espantada y furiosa, chasquidos férreos de picos hechos al combate y á la carne, y después una vaga espiral trazada en la cálida atmósfera por enormes alas en fuga y el descenso trabajoso, pero seguro, del regocijado pastor sujetando contra el pecho un grupo de pequeños neblíes moribundos entre briznas hediondas de nido roto. —Núm. 2.—En la estación propicia, David, reunido con otros pastores bethlehemitas dejaba los risueños con tornos, áridos hoy y escuetos, de su aldea natal, y bajaba de escalón en escalón, de roca en roca, teniendo al frente, á la vista, las graciosas líneas de las montañas de Ruben y de Gad, que destacaban su azul intenso en el pálido azul del cielo; á su derecha, el oasis maravilloso de Jericó, en donde todavía florecían las rosas que hoy buscan en vano los viajeros, pero que viven perfumadas y rojas entre las viejas

páginas de la Biblia, y más allá de ese oasis, en su inmensa tasa blanca de sal, el inmóvil espejo del *mar muerto*, espléndido de luz y serenidad, como la muerte de los que esperan, pero sin un suspiro, sin una ola.—Allí donde los beduinos descansaban de sus excursiones de rapiña, bajo sus tiendas chatas de piel, que se confunden con la arena parda del desierto, distribuían en las orillas del Yarden (Jordán) sus ovejas los pastores de Judea y sesteaban después de bañarse en el turbio y sinuoso río, que se precipitaba con una especie de loco anhelo en las aguas amargas del mar muerto.—Luego, cuando el sol no se reflejaba ya sobre la placa de acero del lago, ni sobre los picachos blancos manchados aquí y allí de terciopelo verde y oro de los montes de Judea, reunidos los pastores en derredor de la fogata, cuyos penachos rojos estriaba y doblaba el viento sobre las gramas de la estepa, David narraba las hazañas de los beneyisrael en lucha perpetua allá, al otro lado, contra el Moabita y el Ammonita, y al occidente contra el Edomita y el aborrecido Peleshti (filisteo) el humillador sempiterno del pueblo del Señor. Y tomaba el kinnor (el harpa) y cantaba entusiasmado las proezas de las tribus en los tiempos de los grandes caudillos que juzgaron á Israel. Y su exaltación crecía y su voz, ya vibrante y varonil, de adolescente heróico, prorrumpía en himnos de áspero y violento amor hacia su Elohim Yahvéh, el Dios del pacto, el Dios de Moshé, (Moisés) cuyo gigantesco sepulcro se perfila sobre los montes en las lejanías nocturnas, el Dios de Abraham, el escudo y la roca de Yehudáh. Era David un poeta, hijo de la naturaleza y del instinto, engendrado en su cálida y apasionada sangre de semita por el contraste eterno entre el oasis y el desierto, entre el sol calcinador y el cielo maravillosamente sereno y constelado de las noches sirias; como él, muchos aparecieron y aparecen sin cesar bajo las tiendas de cuero de los adueros árabes, pero en los cánticos sensuales y feroces del bethlehemita se deslizaba un soplo de infinito y el vibrar de su harpa comunicábase al corazón en forma de anhelo y al alma en forma de ensueño.

Alguna vez, solo ya, tirado sobre un lecho de mal adobada piel de oso, oía, vagamente primero, luego con sobresalto, los ojos muy abiertos y el cuerpo entero tendido hacia el rumor que venía, el sordo trueno de un rugido de león; la fogata se apagaba, temblaban las ovejas y le temblaba el corazón. Se acercaba, se acercaba; juntábanse convulsivamente las ovejas como si quisieran formar una sola, los mastines anunciaban al enemigo con miedoso alarido; David estaba en pie. Derrepente el acre olor del flavo llega hasta él é instantáneamente siente el brinco junto á sí, oscila como con una ráfaga de huracán, el rebaño huye sobre las brasas mal apagadas y de entre la penumbra surge el soberbio señor del desierto, llevando en sus colmillos, sujeta por el espeso vellón, una oveja y corre hacia la barranca obscura del Jordán. David le sigue cauteloso, el león se para, deja caer á sus pies su presa medio muerta y yergue la formidable testa, sus ojos apuntan en la sombra sus dos clavos de fuego; zumba la honda del pastor, ruge el león con el cráneo destrozado, pero arrebata la oveja y huye desesperadamente; tras él David, los perros y los otros pastores lo siguen apenas; luego el silencio, una sorda lucha espantosa en la obscuridad, luego el rugido agonizante del león en fuga y entre el silencio temeroso de los anhelantes pastores, la reaparición del bethlehemita, ensangrentado y pálido, pero con la oveja, viva aún, sobre los lacerados hombros.

Los montes de la ammonitida se ceñían de aurora como de un nimbo: las estrellas cintilaban más antes de desvanecerse en el alba y Lucifer, puro y rutilante, se alzaba como una antorcha en el Oriente: mientras las ovejas balaban alargando sus húmedos hocicos hacia el río, David apoyado en un tronco de sicomoro murmuraba cantando, en dirección del cielo las miradas inmobilizadas por el éxtasis:

Los cielos dicen la gloria de Yahvéh—  
El espacio, obra de sus manos, la proclama;  
Como un mensaje, un día lo trasmite al otro,  
y una noche la da á conocer á la siguiente—  
Y sin palabras, y sin discursos y sin voz;  
no la dice el sonido ni la repite el eco;  
y por la tierra entera resuena  
Y llegan sus acentos á las extremidades del  
(mundo,  
En donde El estableció la tienda del Sol.

\* \*

Cierto día, regresaba de lejana excursión y un mensaje de su padre, del viejo patriota Ishaí, le obligó á apresurar la marcha.

«Ha llegado á la casa de tu padre, le decía el mensajero, un gran profeta, el *nabí* Shemuel (Samuel). Hondo terror causaba ver su faz airada como la del Yahvéh de los combates de que nos hablas al son de tu kinnor en las noches de la montaña, del dios que conmueve la tierra y hace crujir los fundamentos del cielo cuando su cólera se enciende y sale el humo de sus narices y el fuego devorador brota de su boca.....

—¡Oh! sí, murmuraba David enardecido por el re-

cuerdo de sus propios cánticos que le repetía el mensajero. En los días de la ira de Yahvéh inclina los cielos y desciende y una nube de tormenta sirve de escabel á sus piés y cabalga sobre su toro alado (Kerub) y vuela; se le ve sobre las alas del viento y amontona las tinieblas en torno suyo como una cabaña....

Continuó el mensajero: los *nabis* (profetas videntes) que acompañan á su maestro Shemuel dicen que ya se acercan los días de la casa de Jehudáh; dicen que la tribu solitaria del medio día, la despreciada de Efraim, la separada de las tribus hermanas, entrará por encima de Benjamín al poder y á la gloria como el león; agregan que el gran profeta ha sentenciado á muerte á Shaul, el rey de la montaña de Guibeá, el jeque de los beneyisrael, porque desobedeció el mandato de Yahvé y perdonó con misericordia al rey vencido de los de Amalek, y añaden que el profeta sacrificó al rey vencido con sus propias manos y roció con su sangre el ara de nuestro Elohim Yahvéh; y que furioso y sombrío se retiró á Rama desde cuya altura se ve la tierra de promisión entera y que contemplando los montes de Jehudáh, exclamó inspirado: allí es, allí está, de allí vendrá nuestro salvador, allí vive el que será nuestro Meshia (Mesías-ungido.) Y el viejo profeta consultó por los urim el tablero de piedras preciosas del efod, el oráculo de Dios, y las piedras señalaron á Bethlehem, y en Bethlehem la casa de Ishaí tu padre, y vistió Shemuel su meskil de lino blanco y el efod sagrado y seguido de sus profetas llegó á la casa de tu padre, y los bethlehemitas le preguntaban: «¿vienes por nuestro bien ó es de mal agüero tu venida.» Y Shemuel los convocó para un sacrificio.

—¡Oh! volemós, lleguemos, decía el joven pastor, tras el cual se precipitaban balando las ovejas, sin poder alcanzarlo; ¡oh! volemós, lleguemos que yo quiero adorar al viejo y besar la orla de su efod de lino....

El rumor de las sambucas, de las flautas y de los tamboriles indicaron la proximidad de la casa de Ishaí; de cuando en cuando una lenta melopeya suspendía el concierto de los instrumentos músicos, eran los profetas de Shemuel que interrumpían sus danzas, para alabar á Yahvé y predecir lo futuro.....

Ishaí había presentado al gran profeta de Rama á todos sus hijos, fuertes y hermosos como los guibborim de los tiempos de Deborah y de Iftá. «¿No tienes otro hijo? preguntó Shemuel.» Y partió el mensajero en busca de David. Cuando éste se presentó polvoso, con el cabello enmarañado, rica la piel de tonos dorados y rojos, encendida la boca como una cereza salvaje y luminosa la mirada como el cielo al levantarse el día, Shemuel prorrumpió en un canto de gracias al Muy Alto. Y tomando el cuerno sagrado de manos de uno de los profetas, bañó al joven pastor con el oleo santo, y el cuerpo del adolescente vibraba de juventud y de vida....

\* \*

El pueblo de Bethlehem contemplaba atento, los nabis de Shemuel, con las bocas entreabiertas é hirsutos los cabellos, miraban atónitos... les parecía columbrar en mágico espejismo al pueblo de Iahveh entonando sus cánticos y aleluyas en torno de una montaña sacrosanta en cuya cima se consumaba supremo sacrificio.... Y el nuevo Mesías, el rey futuro de las tribus del pacto arrojó el cayado y la honda, cayó á sus piés el vellón que lo cubría, y agitado por el soplo divino, bailó al compás de los címbalos, y las siringas y las harpas marcaron el ritmo de su voz pura, y Shemuel y los nabis bailaron con él danzas de la inspiración y de la lucha.... Y la voz de oro de David clamaba....

Yahvéh es mi piedra, mi ciudadela y mi salvador.—

Elohim es mi roca, en él me amparo—  
Mi escudo, mi cuerno de defensa—  
Mi fuerte y mi refugio.

¡Oh! Yahvéh, tu eres mi lámpara,—  
Tú iluminas mis tinieblas.—  
¿Quién es Dios (El) si no es Yahvéh?—  
¿Quién es la Roca si no es nuestro Elohim?—  
Yo te alabaré, Yahvéh, entre todos los pueblos.—  
Y pulsaré el harpa de tu nombre.—  
Yahvéh cubre de beneficios á su Mesías  
David y á su raza para siempre.—

*Justo Sierra*



LA VUELTA DEL HIJO PRODIGO.—CELEBRE CUADRO DE MURILLO.



VIEJO FUMADOR.

CUADRO DE H. UMBRIGHT.



LA ENFERMEDAD DEL PAPA.—EL CAMARERO DE SU S. S. DANDO NOTICIAS.

## La enfermedad del Papa.

\*\*

El 28 de Febrero empezó á circular en Roma la noticia de la enfermedad de Leon XIII.

Crefase que era un resfrío; pero al día siguiente aumentó la ansiedad cuando se supo por la prensa que el Papa iba á sufrir una operación, pues aun cuando por naturaleza no era de ningún modo peligrosa en un hombre robusto, sí podía serlo, y mucho, tratándose de un nonagenario.

Desde hacía veinte años, tenía Leon XIII un tumor en el muslo izquierdo. De pronto se produjo una fuerte inflamación acompañada de vivísimos dolores. El Dr. Lapponi, médico ordinario de S. S. pidió que viniese en consulta un colega suyo; el Papa designó al Dr. Mazzoni, cirujano que ya en otra ocasión le había prestado sus servicios. Decididos ambos médicos á hacer la operación, quedó señalado el día siguiente para efectuarla.

En efecto, la mañana del jueves á las nueve, al presentarse los facultativos, el augusto enfermo ayudado por su fiel camarero Pío Centra, levantóse de su lecho acostándose en otro, ya dispuesto para la operación. Antes de esto el Papa recibió al cardenal Rampolla, á quien dió algunas instrucciones, y á los camareros participantes, Monseñores Merry del Val y de Croy. El secretario particular de S. S., Monseñor Angeli, dijo misa en la capilla privada contigua al cuarto del Sumo Pontífice.

Con excepción de su camarero, nadie presenció la operación. A las nueve y media los doctores Lapponi y Mazzoni estaban apercebidos con todos sus instrumentos, y habiendo propuesto el empleo del cloroformo, S. S. se opuso resueltamente á absorberlo. En atención á la edad proveccta del paciente, los médicos juzgaron que acaso era mejor no cloroformarlo y se limitaron á anestesiar la región en que debía practicarse la operación.

Media hora tardaron en extirpar el tumor, cuyas dimensiones eran aproximadamente como las de una naranja. Durante la operación el ilustre enfermo lanzó algunos gritos, pero no hizo movimientos bruscos.

Naturalmente todo ese día hubo en el Vaticano un constante ir y venir de cardenales, diplomáticos, personajes de todas clases, romanos y extranjeros, que acudían en busca de noticias. El primer boletín de la mañana dió cuenta de la operación; antes nada se sabía, pues los allegados cuidaron de mantener bien el secreto.

Al día siguiente los Dres. Lapponi y Mazzoni llegaron á las nueve. El Papa dormía aún y al abrir los ojos y ver á los médicos, sonrió con expresión de gratitud.

—Santo Padre, dijo uno de ellos, es preciso examinar la herida.

—No me atormentéis mucho, os lo ruego, dijo Leon XIII dirigiéndose á Mazzoni, el operador; y curadme en dos días, si podéis.

—Que se tranquilice S. S.: no sufrirá la más insignificante molestia. En cuanto á la rápida curación, que yo deseara fuera más rápida aún, sólo el Papa puede hacer milagros; los médicos, no.

Examinada la herida vieron los médicos que estaba en vía de cicatrización. En la visita médica de la tarde estuvieron presentes los sobrinos de S. S., Camilo y Ricardo Pecci. Como se prolongara la conversación, empezó á inquietarse la gente que esperaba en las antesalas. Felizmente, al salir los médicos dieron buenas noticias.

Por la noche el Santo Padre estuvo de muy buen humor, más que nunca, y le dijo al Dr. Lapponi que se sentía perfectamente.

Por último, desde el sábado en la mañana, pudo darse por cierto que el Papa estaba curado.

\*\*

Nuestro grabado representa la sala de la Guardia Palatina, en la que Monseñor de Croy, descendiendo de una noble familia belga, daba informes sobre la salud del Papa.

Había un registro en el que inscribían su nombre los visitantes, algunos de los cuales escribían una ó dos líneas expresando sus sentimientos de veneración para el Papa.

\*\*

Concluiremos con unas cuantas palabras acerca de los médicos de S. S.

El Doctor Lapponi es joven aún. Hace algunos años terminó sus estudios en la Universidad de Bolonia y se dedicó al ejercicio de su profesión luchando con grandes dificultades. Llamado á Roma para que sirviera de ayudante al Doctor Ceccarelli, su predecesor como médico de cabecera de Papa, heredó las funciones del antiguo médico cuando éste murió. Habitualmente visita una vez por semana á su augusto cliente; pero cuando se presenta algún trastorno en la salud del Papa, permanece en el Vaticano sin salir del palacio.

Mazzoni, el cirujano que extirpó el quiste, es más joven que su colega. Ya era conocido, pero ahora su nombre suena en todos los ámbitos del mundo, junto con el de Lapponi.

En el fondo las letras y las artes tienen el mismo objeto, que es satisfacer nuestros deseos de huir de la realidad.

\*\*

Entre los sentimientos humanos, el más fuerte—la palabra lo indica—es el resentimiento.

\*\*

El gobierno parlamentario siempre medidas provisionales, dejando siempre algo que resolver para el porvenir.

\*\*

Los militares gozan de una reputación tan comprometedor, que sólo son verdaderamente peligrosos cuando se encuentran con mujeres que nada tienen que temer.

\*\*

El milagro más grande que hace el amor es curar el vicio de la coquetería.

## LA CASA DE HUMBOLDT.

El 28 de Marzo de 1803, desde el puerto de Aca-pulco, anunciaba el ilustre viajero Don Alejandro de Humboldt su arribo á Nueva España, en carta que dirigió en esa fecha al Virrey Don José de Iturrigaray.

Pocos días después, á mediados de Abril, llegó á México, entregó sus pasaportes al citado Virrey y le presentó á su distinguido compañero Alejandro Bonpland y al joven Don Carlos Montufo, hijo del Marqués de Selvaegre, quien desde Quito venía con Humboldt para dirigirse á España.

Humboldt permaneció como unos nueve meses en Nueva España, ya residiendo en la Capital ó viajando por el Sur y el interior del país.

El sabio viajero visitó hermosas regiones en que la planta humana nunca había dejado huella alguna, é inscribió su nombre en las cortezas de seculares ahuehetes; bajó á las minas más célebres y más profundas, y contempló con admiración los monumentos arqueológicos de antiguas razas aborígenes.

A la ciudad de México, donde vivió algunos meses, la visitó con todo detenimiento y atención. Le sorprendieron sus sólidos y cómodos edificios, y la limpieza de sus calles, en las que aún se hacía notar la policía que legó á sus sucesores en el virreinato, el inolvidable Revilla Gigedo.

¡Cuántas cosas vió que ya no existen! El monumento á Carlos IV en la plaza principal, á cuya inauguración estuvo presente; la *Acordada*, el *Parión*, el sepulcro de Cortés en Jesús, los conventos de frailes y de monjas, y tantas y tantas cosas que describe en la amena é interesante narración de sus viajes.

Humboldt y Bonpland registraron y estudiaron todo: unas veces en los archivos de viejos papeles, otras en las cimas y en la espesura de las montañas y de los bosques vírgenes de Anáhuac.

Volvieron al antiguo continente más ricos en tesoros literarios—dice Beristáin—que si hubieran llevado los millones extraídos de los minerales que visitaron.

\* \*

En la ciudad de México habitó la CASA NUMERO 3 DE LA CALLE DE SAN AGUSTIN. Durante su permanencia, se hizo querer generalmente por su trato amable y exquisita urbanidad, y recibió del Virrey, del Arzobispo y de todos aquellos á quienes trató, las señales más respetuosas de aprecio y admiración por su conducta y sabiduría.

Cuando visitó el Colegio de Minería, que entonces estaba en la calle del Hospicio de San Nicolás, tuvo palabras de ardentísimo entusiasmo y de elogio para los sabios y modestos profesores de ese plantel, y él mismo presidió los exámenes de jóvenes alumnos que se distinguieron después, y para quienes tuvo también frases de aliento y alabanza. Agradecidos los profesores y alumnos por estas distinciones, le pidieron permiso para colocar su retrato en uno de los salones de la escuela, y ese viejo retrato al óleo se conserva aún representando al ilustre viajero, joven, vigoroso, todavía con la mirada llena de saber é inteligencia.

Al despedirse del Virrey Iturrigaray en carta de 3 de Enero de 1804, le enviaba el primer fruto de sus investigaciones acerca de nuestro país, las *Tablas Geográfico-Políticas del Reyno de Nueva España en el año de 1803*, que constituyen el primer ensayo estadístico que se hizo en México á principios del siglo.

«Cerca de salir de estos dominios—decía al Virrey—he pensado dar esta última y pequeña prueba de la rendida veneración y del tierno agradecimiento que me ha inspirado la alta protección de V. E. y el cual conservaré toda mi vida.»

\* \*

El 14 de Septiembre de 1869 fué el centésimo aniversario del nacimiento del barón de Humboldt, y solemnes fueron las manifestaciones que se hicieron en México para celebrarlo.

Entre ellas se hizo notar la inauguración de la lápida colocada en el frente de la casa en que vivió.

Un periódico contemporáneo la describe con estas ó parecidas palabras.

A las nueve y media de la noche los miembros del Club Alemán, situado en la calle de San Francisco, se dirigieron procesionalmente, con antorchas en las manos y precedidos de una excelente música, hacia la calle de San Agustín, y se durieron delante de la casa que habitó Humboldt durante su permanencia en esta Capital. Aquí fueron cantados en coro trozos magníficos de piezas clásicas, y M. Schlözer salió á una de las ventanas de la casa, pronunciando un elocuente discurso, que fué acogido con entusiastas aplausos.

La comitiva se puso en seguida en marcha, recorrió las principales calles de la ciudad durante dos horas enteras, y se dirigió por último á la plaza principal. Todas las banderas que llevaban los miembros del Club fueron colocadas aquí en hermoso pabellón; se formó un gran círculo por todos los individuos que iban en el cortejo, y á la luz de las antorchas se entona-

## MEXICO ANTIGUO.



CASA NUM. 3 DE LA CALLE DE SAN AGUSTIN.

ron los himnos nacionales de Inglaterra y Alemania, cuya música imponente conmovió á la multitud. Después todos arrojaron sus antorchas encendidas en un solo lugar, y una gran fogata fantástica y gigantesca elevó sus llamas y humo, como postrer homenaje en esa noche, al más sabio de los viajeros que han visitado á México, al que con justicia se ha llamado el Colón de la Ciencia.

LUIS GONZALEZ  
OBREGON.

## LA PASION DE CRISTO.

Recuerdos de Oberammergau.

Apenas hay una región en todo el orbe cristiano, que deje de representar año por año, y de una manera muy viva, la pasión de Cristo.

En México mismo, todo el mundo conoce esas risibles ceremonias que se efectúan en los alrededores y que, por fortuna, la Iglesia no autoriza, por más que en aquellas tomen parte sus ministros, obligados por la arraigada costumbre popular.

La costumbre es muy vieja y sin duda arraiga en esos misterios que hacían la delicia del siglo XV y que por su burda ingenuidad herían profunda y fructuosamente aquellos espíritus empapados en la sensación religiosa. No puede negarse la belleza de tales representaciones sin aparato ni artificio, é hijas sólo de una piedad espontánea y primitiva que naturalmente las envolvía en una sencillez encantadora.

Pero sí es muy sensible verlas degenerar en fiestas orgiásticas y vulgares que, como nuestras clásicas *Tres caídas*, lejos de recordar sublimemente la tragedia cristiana y despertar el sentimiento religioso ó estético, sólo ridiculizan al Hombre-Dios y sólo sirven de diversión á una muchedumbre ebria de alcohol y de burla.

Por desgracia, no sólo entre nosotros se nota esa degeneración, sino también en otras muchas partes, casi en todos los sedicentes pueblos latinos. Tan es así, que esos espectáculos vivos de la Pasión se han abandonado á las últimas capas sociales, y si acaso los presencia un hombre culto, es sólo por mera curiosidad y sin pruritos de obtener emoción de ninguna especie.

\* \*

Por otra parte, el menguante espíritu religioso contribuye no poco á que la clase culta se aparte de

esas ceremonias que le eran muy queridas todavía hace un siglo.

Por eso es un espectáculo curioso el que se ofrece al turista que, en pos de emociones bucólicas y selváticas, llega á Oberammergau en tiempos de Semana Santa.

Oberammergau es un pobre lugarejo de la tierra bávara y pertenece al pintoresco departamento de Gárnisch.

Su población no llega á mil y quinientas almas, y vive la obscura vida de las montañas, alimentándose de sus pequeñas industrias que consisten en la labor de maderas á punta de cuchillo, de esas maderas que, con supuesto abolengo suizo, llegan á nosotros en forma de cajitas ó de péndulos de *cú-cú*.

Allá por el año de 1636, hubo no sé qué desgracia en el pueblo: ó peligraron las cosechas ó se apestaron los habitantes, para el caso es lo mismo. Sucedió que como tal plaga les hiriera á principios de cuaresma, los de Oberammergau, para aplacar la cólera divina, hicieron solemne voto de representar todos los años la Pasión de Cristo con gran unción y supremo recogimiento.

Parece que su ruego fué atendido, pues hace dos siglos que vienen cumpliendo su voto, y como dicen las crónicas que Dios da ciento por uno, el cumplimiento de ese voto se ha convertido para ellos en un venero de ingresos que dejan muy atrás los que obtenían labrando maderas pacientemente, á punta de cuchillo.

Mas de tres mil turistas van año con año á presenciar el *Passionspiel* y no hay casa en el villorrio que deje de hospedar á los curiosos. Los que llegan al último, tienen que acampar en barracas que al efecto se construyen.

El espectáculo dura tres días, y empezando con la triunfal entrada de Cristo á Jerusalén concluye con la Crucifixión. Por no sé qué extraña anomalía, suprimen la Resurrección.

Un guapo mozo del pueblo, que ya tenga de vida unos seis lustros, funge de Redentor, previos ensa-

## Damas Distinguidas.



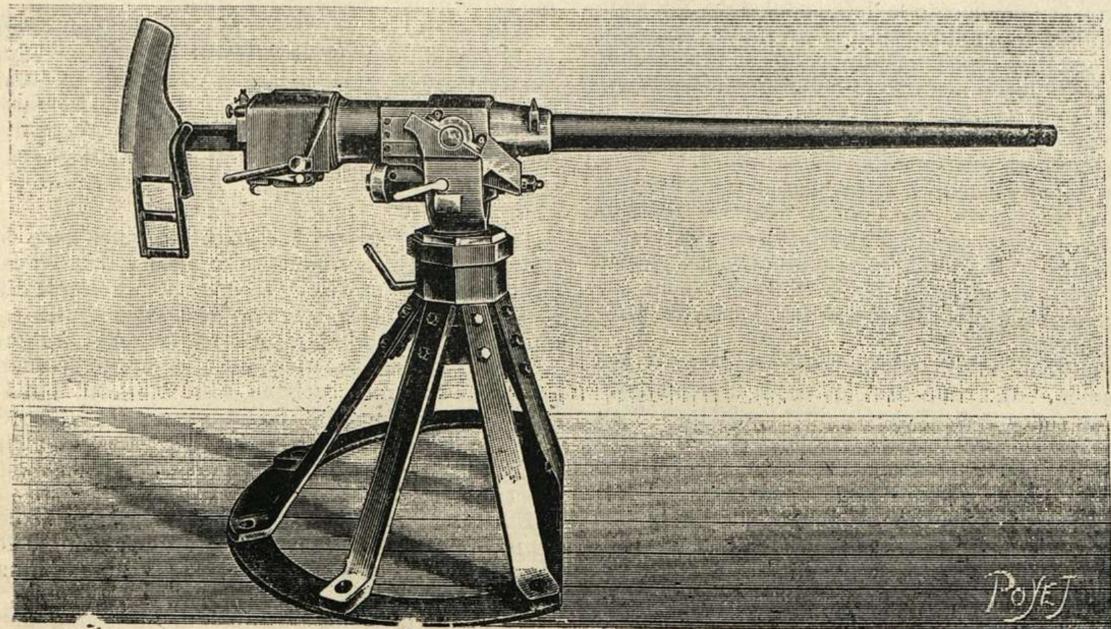
SRITA. CRISTINA CICERO, DE MERIDA.

yos que suelen durar toda la época del año que precede al decantado espectáculo.

La dignidad de Cristo da en el pueblo un sello de respetabilidad que de otra suerte no fuera lograda, y muy á menudo se ofrece el caso de que con tal carácter se presenta revista simultáneamente el cargo de alcalde ó de cosa parecida en el villorrio. Lo triste de tal gloria es que en breve el Redentor desciende de categoría y pasa á apóstol San Pedro, lo cual, amén de disminuir por modo notable el tanto por ciento que de las entradas generales, percibe el interesado, amengua muy sensiblemente su prominencia social y la de su familia, y más de una vez se ha dado el caso de que un Cristo claudicante discuta sus derechos á la permanencia en tan conspicuo desempeño por medio de un abogado debidamente titulado.

Generalmente, una vez que en una aldea se reconoce figura y talento propios para empuñar el estandarte en que Oberammergau cifra su orgullo, se le confiere el grado de San Juan, que es conforme á su viril belleza de veinte años, para que cuando se afirman las facciones y crezca la barba, pase á Cristo y después degenerare en apóstol viejo ó en comparsa coral.

De tal suerte se imprimen en los episodios del pueblo esos encargos, que sus efemérides se cuentan por ellos, y se dice, para recordar tal ó cual suceso: *pasó en la época en que Fulano era Simón el Cireneo.*



CAÑON HOTCKISS DE MARINA (TIRO RAPIDO.)

\* \*

El sitio en que se hace la representación, no es un teatro con bambalinas y bastidores, sino un semicírculo bordado de arboledas exuberantes y sembrado de peñascos y de vegetación.

¡Cuán lejos de ese misterio los ridículos convencionalismos de nuestras Pasiones!

El alemán, de suyo azás místico y contemplativo, sabe dar á todos sus pasos un carácter de austeridad, reconcentración y franqueza, que nosotros no estamos acostumbrados á usar á menudo. Por ello es que, aún yendo mal preparado y con ánimo propicio á la burla, al contemplar la representación pasional de Oberammergau, siéntese el ánimo hondamente sacudido y evócanse memorias que no por olvidadas y polvorosas dejan de conmover á todo el mundo, ya sea que se trate de un místico ó de un escéptico, y á unos por religión y á los otros por estética.

Porque la naturalidad que aquellas buenas gentes aplican á su cometido, es tal, que si se prescinde del fondo natural que en Germania con pinos sustituye las palmas de Palestina, la reconstrucción de la tragedia cristiana es completa y vivísima.

Yo, agnostizado sin esfuerzo ni ostentación, he sentido en Oberammergau, á la vista de ese espectáculo, no sé qué palpitaciones extrañas, quién sabe qué anhelos indefinidos; y no como un residuo de antiguas teologías, sino como la revelación objetiva de un símbolo muy humano y muy sublime....

Y ocúrreseme preguntar: si la «Pasión» se recordase en todas partes así, muy sencilla, muy sincera y muy ingenua ¿no sería el mejor medio de conservar siempre viva la creencia que amengua?

JUAN SANCHEZ AZCONA.

## Los cañones de tiro rápido.

Antaño las operaciones necesarias para disparar un cañonazo eran múltiples y á cual más laboriosa. Si era un cañón de campaña de los que se cargaban por la boca, había que ponerlo en batería, limpiarlo con el escobillón, introducir sucesivamente la pólvora y el proyectil, preparar el fulminante, para apuntar luego y disparar.

La adopción del sistema de retro-carga acortó mucho la duración de estas operaciones, facilitando la colocación del obús y la carga de la cámara.

Los sorprendentes progresos realizados últimamente, han perfeccionado de tal manera el material de artillería que el cañón de tiro rápido es ya una verdadera maravilla.

Adoptado en un principio por la marina de guerra, lo fué después por los ejércitos de tierra.

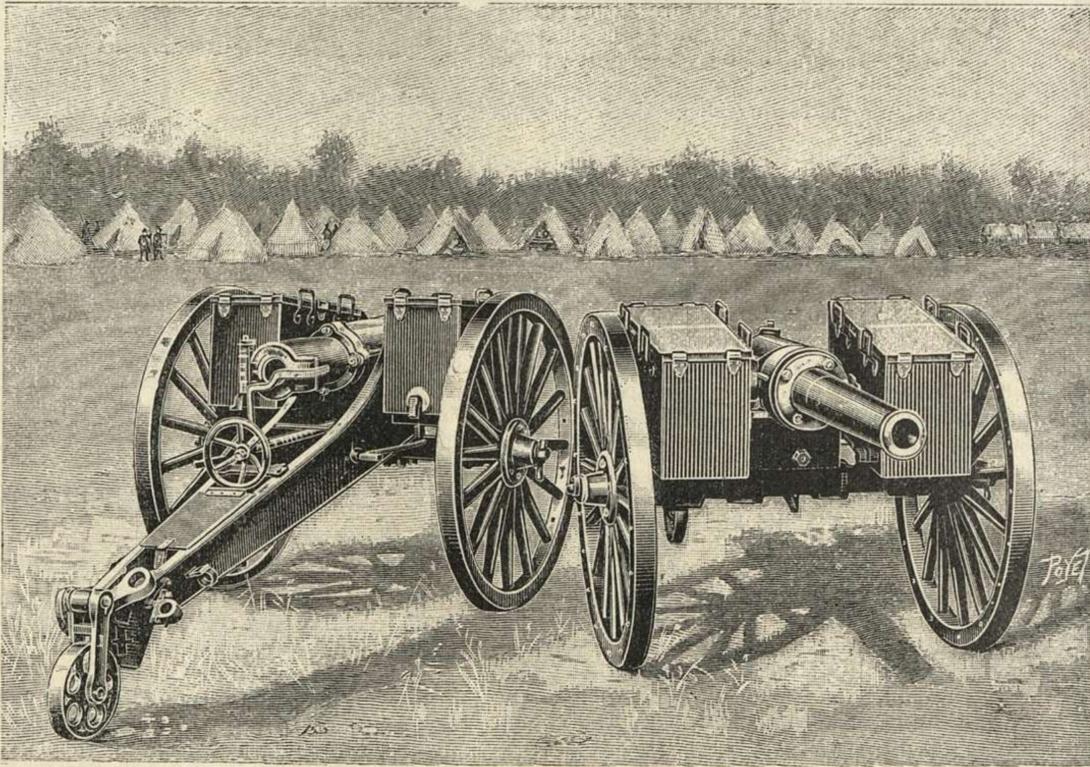
\* \*

Los caracteres distintivos del cañón de tiro rápido son los siguientes. En primer lugar, es nulo el movimiento de retroceso; al salir el proyectil, la cureña permanece inmóvil y la pieza retrocede, pero vuelve á su sitio. El tiempo que se emplea en cargar es insignificante, y ya en otra ocasión hemos hablado de esto refiriéndonos al cañón sistema Mondragón. En cuanto á la puntería, se hace de antemano, toda vez que la cureña permanece inmóvil y basta una que otra corrección para anular las desviaciones inevitables debidas á la explosión.

El cañón de tiro rápido es más bien un fusil de grueso calibre y la rapidez del tiro determina una superioridad tal respecto del antiguo cañón, que seis de éstos valen por uno de los últimos modelos.

Los cañones más pequeños tienen un calibre que no baja de 4 centímetros; el límite superior de los cañones de esta especie no pasa de 16 centímetros, en razón de la longitud y del peso de los proyectiles.

La pólvora, llamada «sin humo» es una especie de algodón-pólvora que afecta la apariencia del cartón corriente. Su principal ventaja consiste en la veloci-



CAÑON FLETCHER DE CAMPAÑA (TIRO RAPIDO.)

dad que imprime á los proyectiles cuando se emplean cañones de buena longitud.

La antigua artillería lisa lanzaba balas redondas con una velocidad de 500 metros; al inventarse la artillería rayada disminuyó la velocidad inicial por el aumento del peso de los proyectiles, siendo aquella de 350 metros. Luego la pólvora gruesa aumentó la velocidad hasta llegar á 600 metros. Por último, y gracias á la mayor longitud de los cañones y al uso del algodón-pólvora, la velocidad que se obtiene actualmente es de 900 metros.

Creese que en poco tiempo la velocidad de 1000 metros obtenida ya en los polígonos, será la que sirva de base de cálculo en las campañas.

La artillería ha aumentado sus fuerzas destructivas de tal manera que la próxima guerra continental europea dará á esa arma un papel considerable y decisivo en las operaciones.

Así lo aseguran al menos los escritores y especialistas, aún los que hablan con calma de una materia que no obstante sus escabrosidades técnicas apasiona como pocas y ofusca los espíritus.



## EL NIÑO PERDIDO

No lejos de Blois y en medio de una fértil y bien cultivada llanura, erguía alto y sombrío el antiguo castillo del conde de Aiglenoir. Este castillo era allá por el año de gracia de 1450 una vasta mansión feudal, flanqueada por sus cuatro torreones puntiagudos, rodeada de profundos fosos y con sus muros perforados por sendas troneras.

El interior de la señorial mansión era muy triste, sobre todo desde que murió la condesa algunos años antes, víctima del acerbo dolor que le causó la pérdida de su hijo, de su Raul, aquel precioso bebé de tres años de cabellos rubios, y con unos ojazos azules que eran una maravilla.

¿Quién se robó al niño? Jamás se aclaró el misterio. Algunos bohemios sin duda sorprendieron al niño jugando solo en la pradera y lo arrebataron al dulce y tierno abrigo maternal, para enseñarle á fuerza de golpes sus infames jugarretas.

La condesa languideció desde entonces y al fin sucumbió á su dolor.

Alberto de Aiglenoir quedó solo en su sombría mansión, rodeado de sus viejos servidores, de agueridos hombres de armas, sin otro amor para endulzar su vida que el de su hijita Liana, una linda muñeca de ocho años.

Sus emisarios habían recorrido el reino entero haciendo mil pesquisas para hallar al pobre niño robado, pero todo fué inútil: ¡el niño estaba perdido!

### I

La noche se aproximaba. Un hermoso tronco ardía chisporroteando alegremente en la alta chimenea, el conde estaba sentado cerca del fuego con su pequeña Liana sobre las rodillas, y pensando tristemente en su hijo perdido.

De pronto el cuerno del vigía con sus notas melancólicas, lo hizo estremecerse, sacándolo de su meditación la presencia de un escudero de alta estatura y marcial aspecto que apareció en la blasonada puerta.

—Señor, dijo, dos juglares, uno muy joven y otro mayor piden hospitalidad para ellos y su carro por esta noche y prometen en cambio divertiros mostrando todas sus habilidades.

El escudero vaciló un instante y luego añadió:

—El más joven es un hermoso muchacho; del otro... no me fiaría yo!

—Me repugnan esos vagabundos, respondió el conde á media voz como si hablase consigo mismo. Después dijo en voz alta:

—No importa; hazles entrar; nos ayudarán á pasar algunas horas...

El escudero se inclinó y salió, volviendo después de algunos instantes seguido de dos bohemios. Verdaderamente el escudero tenía razón: el de más edad no inspiraba confianza.

Era un gran diablo de largos cabellos negros y chispeante mirada; su nariz de ave de rapaña, se encorvaba sobre un hirsuto bigote negro.

El joven que lo acompañaba, no se le parecía absolutamente: podía tener de catorce á quince años y su fisonomía era inteligente y simpática. Ambos saludaron al conde, inclinándose hasta el suelo.

—¿Tenéis hambre? preguntóles éste.

—Señor, dijo el juglar con una sonrisa melosa y falsa, un platillo no se rehúsa nunca.

—Está bien, Segismundo, haz traer pan, vino y fiambres para estos hombres.

Mientras comían, el conde observaba atentamente á los juglares.

—¿Cómo te llamas? preguntó al más joven.

—Zando, monseñor.

—Ese nombre no es cristiano.

—Pero es el mío, monseñor.

—Y tú? preguntó el conde al otro juglar.

Este se echó á reír hipócritamente.

—Mi padre me llamaba Antonio, pero yo me conformo con todos los nombres que se me quieran dar.

En este momento el conde creyó advertir que Zando dirigía una mirada poco afectuosa á su compañero, mas no prestó grande atención.

Acabada la cena de los juglares, Zando esparció sobre la mesa dados, cubiletes, esferitas, una cacerola y una varilla y luego, ante el conde y Liana, cuyos ojos se les salían de asombro, hizo mil habilidades y prodigios.

El conde á quien complacía el inocente gozo de Liana, había acabado por reírse también, cuando un hombre de armas se acercó respetuosamente y le dijo algunas palabras en voz baja:

—Continuad, vuelvo en seguida, dijo el conde á los juglares, y salió.

Mientras volvía, Zando siguió haciendo sus jugarretas ante la pequeña castellana maravillada y los ancianos servidores que no lo estaban menos.

No tardó el conde en volver, y deteniéndose ante el juglar mayor, díjole con voz irritada:

—¿Por qué has dejado en tu carro á esa pobre niña enferma?

El bohemio se estremeció y pareció turbarse; pronto recobró su sangre fría y dijo:

—¡Ah, monseñor! es mi hija. La pobrecilla, está mala, bien mala, y no somos ricos; qué diantre! y no podemos pagar los costosos remedios del boticario. ¡Ah, soy bien desgraciado!

Y el bribón fingió enjugarse una lágrima.

El conde lo observaba fríamente.

—No te aflijas, le dijo: *tu* (y recalcó la palabra) *tu* niña va á quedarse aquí hasta que sane.

—Quitarme á mi pequeñuela, monseñor! gritó Antonio con voz desfalleciente.

—Tú puedes quedarte entre mis servidores, si quieres. Ya hice traer á la chiquilla; mi escudero te alojara á ti y á tu compañero.

El conde hizo una señal, y Segismundo salió con los juglares.

A la mañana siguiente cuando el conde bajó al gran vestíbulo del castillo para presenciar la revista de sus hombres de armas, encontró un trozo de papel en el cual una mano inhábil había trazado violentamente estas palabras:

«Monseñor, cuidad á vuestra niña, por Dios, quién sabe lo que pueda suceder!»

Zando.»

—Monseñor, dijo Segismundo, los dos juglares desaparecieron.

El conde hizo un gesto de sorpresa.

—¿Cómo! y su carro?

Se lo llevaron, regando paja en el trayecto para apagar el ruido.

—Oh! murmuró el conde; es extraño. Este Antonio es sin duda un bandido. Pero ¿y el otro? Este papel revela buenas intenciones...

—La enfermita quizá pueda deciros algo, monseñor, dijo el escudero.

—Es verdad! La había olvidado, vamos á verla.

Era una preciosa niña de cinco años, muy pálida y enflaquecida por las privaciones y el mal trato.

—¿Está en peligro? preguntó el conde al médico.

—No, monseñor, respondió éste. Está fatigada solamente. Con reposo y alimentación estará curada.

Liana, muy dichosa por tener una camarada con quien jugar, instaló al lado de la enfermita dizque para cuidarla, dándole ella misma las tisanas y el reconfortante caldo entre risas y besos.

Cuando despertó la niña, preguntóla el conde:

—El hombre del bigote negro ¿es tu padre?

—¡Oh, no!

—¿Pues quién es?

—Es Antonio.

—Sí, ya lo sé; pero quién es tu padre.

La niña miró al conde con asombrados ojos y no respondió.

—Desde cuándo estás con Antonio?

—No lo sé.

—Siempre has estado con él?

—No; respondió la niña, vacilante; antes estaba yo en un castillo como éste.

Es lo que pensé, murmuró el conde, este bandido es un ladrón de niños.

—Zando es bueno, dijo la niña sin que se le preguntara.

En este momento entraba Liana y ambas niñas pusieron á jugar.

—¡Oh, qué bonito es esto! gritó Liana mirando curiosamente un medallón que la enfermita llevaba al cuello, pendiente de un sucio cordón.

El conde se aproximó vivamente y examinó la alhaja en la que se distinguía un blazón esmaltado con vivos colores.

—Pero si estas son las armas del conde de Roche-grise! gritó el de Aiglenoir sorprendido.

—Roche-grise... repitió la niña.

—Conoces este nombre?

—Sí... sí, sí!

El conde ya sabía á que atenerse.

Hacia tres años que la hijita menor de ese padre desdichado, desapareció, atribuyéndose la desgracia á un lobo que se decía la había sorprendido y devorado.

—¡Ah! Su padre va á ser muy dichoso. ¿No me será dado serlo igualmente? díjose el conde. Hay que castigar á ese bandido, pero antes debo ir á Roche-grise sin pérdida de tiempo.

Pero el viaje era muy largo y la caravana compuesta de treinta arqueros que escoltaban al conde y la



litera en que iban Liana y la niña recobrada, avanzaba muy lentamente y rendida de fatiga.

## II

Los primeros días de viaje transcurrieron sin incidente alguno. Un día la caravana se internó por una abrupta cañada, cuyas rocallosas laderas estaban erizadas de encinas añosas y corpulentas hayas. El camino era escarpado y la obscuridad del bosque se añadía á la tristeza de la soledad.

La niña de Rocheigrise, espantada por el espectáculo pavoroso, escondíase en el fondo de la litera y apenas respiraba. Liana, más valiente y curiosa, miraba hacia fuera.

Bruscamente las ramas se apartaron con violencia á los lados del camino y un tropel de hombres enmascarados se arrojaron espada en mano sobre los caminantes gritándoles:

—¡Rendíos!

Los bravos arqueros del conde no lo deseaban á fé mía, y desenvainando prontamente sus aceros hicieron morder el polvo en un santiamén á varios bandidos.

Pero en el ardor del combate todos descuidaron la litera hacia á la cual iba acercándose casi á rastras un hombre alto y de gran bigote negro á juzgar por los cabos que asomaban bajo la careta que le cubría el rostro.

Cuando más encarnizada era la refriega y todos los hombres se empeñaban en ella, el de la careta dió un salto de lobo, cogió en brazos á Liana, enmudecida por el terror, y antes que nadie lo advirtiera, interinóse con su presa en la intrincada red de malezas y arbustos.

La niña de Rocheigrise, única testigo del atentado, cuando hubo desaparecido el ladrón de la careta con su preciosa carga, comenzó á lanzar grandes gritos de desesperación. Oyólos el conde y separándose de la pelea, acudió á saber la horrible pérdida. Loco de ira y de dolor, arrojóse seguido de sus soldados en lo más espeso del bosque, mientras que los bandidos, viéndose descuidados huían en todas direcciones sin cuidarse de la niña que quedaba abandonada en la litera.

El conde y sus hombres recorrieron desesperadamente el bosque en todos sentidos, pero al azar, porque no conocían sus vericuetos y encrucijadas y á veces quedábanse prendidos entre las lianas y raíces entretreídas, sin poder moverse hasta que les prestaban ayuda, como si el bosque quisiese hacerse cómplice de la infamia inaudita de los bandidos.

Bien pronto comprendieron lo inútil de sus esfuerzos y regresaron al camino locos de rabia. La desesperación del conde era espantosa. Sin derramar una lágrima, sin proferir una palabra, dirigióse á la litera donde lo esperaba un espectáculo que no esperaba.

Negligentemente reclinado sobre una portezuela, con la sonrisa en los labios y las manos enlazadas con las de la niña de Rocheigrise, un hermoso adolescente de unos quince años lo esperaba al parecer.

La niña muy alegre le sonreía al joven.

—¡Zando! exclamó el conde estupefacto. ¿Qué significa tu presencia aquí?

—Es bien sencillo, monseñor. Soy uno de los que os atacaron.

—¡Explicate, desgraciado! rugió el conde sacudiéndolo por un brazo.

—Calma, monseñor. Antonio, mi amo, juró vengarse de vuestra compasiva hospitalidad. Le habéis quitado á la señorita Blanca, así se llama esta niña, y él no os perdona este robo, como lo llama. Habiendo sabido que pasaríais por aquí, porque maese Antonio lo sabe todo, resolvió tenderos una emboscada para robaros vuestra hija y no restituíroslo sino mediante un crecido rescate. En cuanto á mí, siento por ese bandido el odio más violento y más justo y me he propuesto deshacer su maldad y devolveros vuestra niña.

—¡Si dices verdad, gritó el conde, te haré rico y noble!

—Digo verdad, monseñor. Escuchadme. A media noche de hoy, oiréis tres veces el canto del buho y luego una sola vez y luego llegaré con la niña.

El adolescente se escapó y desapareció entre las profundidades del bosque.

El desdichado conde pasó las horas que faltaban para la media noche, presa de una horrible inquietud, y atormentado por la incertidumbre.

Por fin, oyó la anhelada señal con febril alegría. Transcurrió un momento y se oyó el ruido del ramaje que se agitaba y rompía al paso de alguien. El conde desenvainó su espada temiendo una traición. Los pasos se acercaban cautelosamente. Por fin, se apartaron unas ramas y apareció una figura blanca y esbelta.

—¡Liana, Liana, hija adorada! gritó el conde, ¡Niña querida, mi tesoro!

La niña reía y lloraba á la vez y no podía articular palabra.

—¿Y Zando? preguntó el conde.

—Mandadme, monseñor, respondió la voz franca y alegre del joven.

El conde lo abrazó diciéndole:

—Tú no te separarás de mí, ¿verdad?

—Me ofrecéis lo que iba á pedir, Monseñor. Pero urge que huyamos del bosque antes que Antonio advierta la falta de la niña, porque son muchos y nos derrotarán si nos alcanzan.



La tropa emprendió inmediatamente la marcha y pudo salir del bosque sin contratiempos.

—Salvados, murmuró el conde, gracias á tí, Zando!

Pintar la loca alegría de los condes de Rocheigrise cuando vieron volver á la niña adorada que todavía lloraban, es cosa imposible.

Hubo grandes fiestas que duraron muchos días y al cabo, el conde y su tropa emprendieron el regreso, pero no ya con treinta arqueros solamente, sino con muchos centenares de hombres mandados por ambos condes.

Habíase resuelto explorar todo el bosque y no volver á los castillos hasta no haber colgado al último de aquellos bandidos que lo infestaban.

Zando había sido nombrado lugarteniente de los condes, pues el de Aiglenoir sentía por el joven una creciente y poderosa simpatía.

—No es solamente el reconocimiento lo que me atrae hacia él, pensaba el conde; siento algo más que no puedo explicarme.

A veces lo contemplaba en silencio largamente y sentíase invadido por viva emoción; pero luego se encogía de hombros y murmuraba:

—¡Ensueños... locura...!

## III

El día se anunciaba claro y límpido cuando los condes y sus soldados llegaron al bosque. Zando conocía los senderos y bajo sus órdenes, los hombres fueron colocados cortando todas las salidas. Después un grupo imponente, mandado por los duques y Zando fué á buscar la madriguera.

Llegaron á una plazoleta bien escondida donde se oían algunos rumores. Allí estaban las tiendas plantadas.

—Duermen todavía, dijo Zando. Bonito despertar les preparamos.

Siete ú ocho soldados se pusieron á la entrada de cada tienda. Luego, á una señal del joven jefe, algunos soldados entonaron alegres himnos. En ese momento los bandidos salieron: no habían tenido tiempo ni para desenvainar sus espadas, de modo que á pesar de sus alaridos de rabia, bien pronto estuvieron atados. En seguida se les llevó á la pradera.

Entonces campesinos y servidores, todos acudieron y cada uno tenía alguna queja que exponer contra los bandidos. Era un concierto de gritos y maldiciones:

—Me robaron mi vaca!

—Incendiaron mi casa!

—Saquearon mi trigo!

—Matadlos!

—Destavaron mis sembrados!

—Mataron á mi niño, á mi niño bien amado!

—A muerte, á muerte, á muerte!

—No tardará el castigo.

Un torrente corría impetuoso y espumeante cerca de allí. A él fueron arrojados los malhechores con una piedra al cuello. Sólo el jefe Antonio faltaba.

Los soldados iban á asaetearlo cuando gritó: [ ]

—Sire, monseñor, hubiera querido confarte un secreto pero me lo llevaré al sepulcro!

—Lo que tú quieres es obtener tu perdón engañándome.

—A muerte, á muerte! rugieron los campesinos.

—Sire, insistió Antonio, podría decirte una palabra que haría dichosos tus últimos días.

El bandido era valeroso; volvióse hacia la furiosa multitud y la dominó con su mirada. Los alaridos se apagaron.

—Vamos, dijo, nadie ha de creer que Antonio tuvo miedo alguna vez. Voy á morir.

Al acabar su frase, volvióse hacia el conde y le dijo:

—Bastante mal he hecho en mi vida y no quiero morir haciéndolo. He aquí un secreto: Zando... .

Se detuvo un momento y lanzó una mirada de desafío al conde.

—Habla! gritó éste, anhelante. Oh, habla, Antonio!

—Es tu hijo!

\*\*

Algunos días después una gran fiesta reunía en el Castillo de Aiglenoir á toda la nobleza de los alrededores, así como á los vasallos y servidores del conde Alberto. Todos festejaban el reconocimiento del joven vizconde Aiglenoir.

Detrás del joven vizconde un guerrero de alta talla llevaba en un cón su corona, su espada y su escudo: era Antonio.

—¡Hacedle gracia! había suplicado Raul á su padre. Se enmendará, os lo juro, y será mi escudero fiel y leal.

Cuentan que Antonio dejó cumplido el juramento.

AUGUSTO BAILLY.



# SOR FILOMELA.

¡Ya está hecho, por todos los diablos!—rugió el obeso empresario, dirigiéndose á la mesita de mármol en que el pobre tenorio ahogaba su amargura en la onda de ópalo de un vaso de ajeno.

El empresario—ese famoso Krau,—¿no conocéis la celebridad de su soberbia nariz, un verdadero dije de coral de rubios alcohólicos?—el empresario pidió el suyo con poca agua. Luego secó el sudor de su frente, y dando un puñetazo que hizo temblar la bandeja y los vasos, soltó la lengua.



—«¿Sabes, Barlet? Estuve en toda la ceremonia; lo he presenciado todo. Si te he de decir la verdad, fué una cosa conmovedora... No estamos hechos de hierro...» Contóle lo que había visto. A la linda niña, la joya de su *troupe*, tomar su velo, sepultar su belleza en el monasterio, profesar, con un vestido obscuro de religiosa, la vela de cera en la mano blanca.

Después los comentarios de la gente. «¡Una cómica, monja!»

Eglantina Charvat, mimada del público parisien- se, había sido contratada para una *tournee* por los países de América. Bella, suavemente bella, tenía una dulce voz de ruiseñor. Un cronista la bautizó en una ocasión con el lírico nombre de Filomela. Tenía los cabellos un tanto oscuros, y cuando se le desataban en las escenas agitadas, hacía con gracia propia para recojérselos, el mismo encantador movimiento de la Reichemberg. Entró en el teatro por la pasión del arte. Hija de un comerciante bordelés que la adoraba y la mimaba, un buen día, el excelente señor, después del tiempo de Conservatorio, la condujo él mismo al estreno. Tímida y adorable, obtuvo una victoria espléndida ¿Quién no recuerda la locura que despertó en todos cuando la oímos arrullar, incomparable Mignon:

«Connais tu le pays où fleurit l' oranger?»

Festejada por nababs y *rastas* pudo, raro temperamento, extraña alma, conservarse virtuosa.

Siguió en una carrera de gloria y provecho. Su nombre se hizo popular. Las noches de representación, la aguardaba la madre para conducirla á la casa. Su reputación se conservaba intacta. Jamás el *Gil Blas* se ocupó de ella con reticencias ó alusiones que indicasen algo vedado; nadie sabía que la aplaudida Eglantina favoreciese á ningún feliz adorador, siquiera con la tierna flor de una promesa, de una esperanza.

¡Almita angelical encerrada en la más tentadora estatua de rosado mármol!

Era ella una soñadora del divino país de la armonía.

¿Amor? Sí, sentía el impulso del amor. Su sangre virginal y ardiente le inundaba el rostro con su fuego. Pero el príncipe de su sueño no había llegado, y en espera de él, desdeñaba con impasibilidad las galansterías fútiles de bastidores y las misivas estúpidas de los cresos golosos. Allá en el fondo de su alma le cantaba un pájaro invisible su canción, vaga como un anhelo de juventud, delicada como un fresco ramillete de flores nuevas. Y cuando era ella la que cantaba ponía en su voz el trino del ave de su alma; y así era como una musa, como la encarnación de un ideal soñado y entrevisto, y de sus labios diminutos y rojos, caían, á gotas harmónicas, trémolos cristalinos, arpegios florecidos de melodía, las amables músicas de los grandes maestros, á los cuales ella agregaba la delicia de su íntimo tesoro. Juntaba también á sus delectaciones de artista profundos arrobamientos místicos. Era devota....

—¿Pero no estáis escribiendo eso de una cómica?

.... Era devota. No cantaba nunca sin encomendarse á la virgencita de la cabecera de su cama, una virgencita de primera comunión. Y con la misma voz suya con que conmovía á los públicos y ponía el estremecimiento de su fuerza mágica sobre palcos y plateas, lanzaba, en los coros de ciertas iglesias, la sagrada lluvia sonora de las notas de la música religiosa, interpretando también los deliquios del infinito amor divino; y así su espíritu, que vagaba entre las rosas terrenales como una rosa de virtud, iba á cortar con las vírgenes del paraíso las margaritas celestes que perfuman los senderos de luz por donde yerran, poseídas de la felicidad eterna, las inmortales almas de los bienaventurados. Ella cantaba entonces con todo su corazón, haciendo vibrar su voz de ruiseñor en medio de la tempestad gloriosa del órgano; y

su lengua se regocijaba con las alabanzas á la Reina María Santísima y al dulce príncipe Jesús.

Un día, empero, llegó el amado de su ensueño, el cual era su primo y se llamaba el capitán Pablo. Entonces comenzó el idilio. El viejo bordelés lo aprobaba todo. Ella fabricó inmediatamente dos castillos en el aire, con el poder de su gentil cabecita: aceptaría la contrata que desde hacía tiempo le proponía el obeso y conocido Krau, para una *tournee* en América y á su vuelta, ya rica, se casaría.

Concertada la boda, Eglantina firmó la celebre contrata, con gran contentamiento de Krau, que el día del arreglo presentó más opulenta y encendida su nariz.... ¡Qué negocio! ¡Qué viaje triunfal! Y en la imaginación veía caer el diluvio de oro de Río, de Buenos Aires, de Santiago, de México, de Nueva York, de la Habana.

También firmó contrata Barlet, ese tenorcito que, á pesar de su buena voz, tiene la desgracia de ser muy antipático, por gastar en su persona demasiados cosméticos y brillantinas. Y Barlet, «¡por todos los diablos!» se enamoró de la diva. Ella, á pesar de las insinuaciones de Krau en favor del tenor, pagaba su pasión con las más crueles burlas. Eglantina llevaba en su corazón la imagen del capitán. Por la noche, al acostarse, rezaba por él, le encomendaba en sus oraciones y á él enviaba su amor con el pensamiento.

.... El primer castillo aéreo comenzaba á solidificarse. En Río de Janeiro ganó la diva crecidas sumas. El día de su beneficio recogió una cestilla de diamantes. El emperador Don Pedro, (q. D. g.), le envió un imperial solitario. En Montevideo, Buenos Aires, en Lima, fué para la deliciosa Mignon la inacabable fiesta de las flores y del oro. Entre tanto, Barlet desafiaba de amor, y más de una vez se inició en su contra la más estupenda silba. Pasaron meses. En víspera de regresar, Krau recibió propuestas excelentes de Santiago de Chile, y se encaminó para allá con su compañía. Eglantina estaba radiante de gozo. Pronto volvería á Francia y entonces....

Mas un día, después de leer una carta de Paris, al concluir la temporada del Municipal, la diva se quedó pálida, pálida.... Alla en la tierra de la porcelana y del odio, en el horrible Tonkin, había muerto el capitán. El segundo castillo aéreo se había venido al suelo, rompiendo en su fracaso la ilusión más amada de la triste almita angelical. Esa noche había que hacer «Mignon,» la querida obra favorita, tenía que cantar Eglantina con su aurea voz arrebatadora.

«¿Connais tu le pays où fleurit l' oranger?»

Y cantó, y nunca, ¡ay! con mayor encanto y ternura. En sus labios temblaba la balada lánguida de la despedida, el gemido de todas las desesperanzas... Y en el fondo de su sér, ella, la rosa de Paris, sabía que no tenía ya amores ó ilusiones en la tierra, y que sólo hallaría consuelo en la Reina María Santa y en el dulce Príncipe Jesús.

Santiago estaba asombrado. La prensa hacía comentarios. El viejo bordelés, que había acompañado á su hija, lloraba preparando los baules.... ¡Adiós, mi querida Eglantina!

Y en el coro del Monasterio estaba de fiesta el órgano; porque sus notas acompañaron la música argentina de la garganta de la monja.... ¡Un ruiseñor en el convento: una verdadera Sor Filomela!

Y ahora, caballeros, os pido que no sonríais delante de la verdad.

RUBEN DARIO.



# Canto de Amor

A JOSEFINA

Inédita, escrita en 1895

I

He rasgado mi capuz  
y te muestro, no te asombra?  
el prodigio de una sombra  
toda trémula de luz.  
Espinass, gólgota, cruz:  
no más! se han desvanecido;  
revientan la flor y el nido  
en las ramas de mi huerto . . .  
Amor, yo no estaba muerto;  
estaba sólo dormido!

II

Eres, oh gracia infinita,  
la palabra de batalla  
que dice á la yema: estalla!  
y al corazón: resucita!  
Eres el numen que grita  
con inflexión soberana:  
el numen del *Ramayana*,  
robusto como un atleta,  
en el ánfora discreta  
de una rima becqueriana!

III

Para que mi mente ejerza  
su vigor, la galvanizas,  
la despiertas, la electrizas  
con heroísmos de fuerza.  
Quien hay que mi rumbo tuerza  
si mi alma no te resiste?  
á tí voy, pues que tú hiciste  
con tu mirada ideal  
una aurora boreal  
de mi luna enferma y triste.

IV

A tí voy dejando huella  
de fulgor, joven señora;  
voy mudo como la aurora,  
pero radiante como ella!  
La luz que mi ser destella  
llenará la creación,  
y animará la pasión  
en tí, con el centelleo  
del fuego de Prometeo  
la estatua de Pigmalió.

V

Seré Apolo y seré Marte  
por tí, vigor ó desmayo.  
¡Para protegerte, rayo  
y jazmín para tocarte!  
Te vestiré toda de arte  
para que tu alma presienta  
el prodigio que me alienta,  
y la canción que me inspiras  
será un acorde de liras  
glosado por la tormenta!

VI

Te labraré, sola y fiera,  
en marfil de Singapur,  
una lis en campo azul:  
la realeza en la primera!  
Y en lampo de Primavera,  
con un rayito sutil,  
dibujaré tu perfil,  
tu perfil de medallón,  
que brillará en la extensión  
en las mañanas de Abril!

VII

Oye, fuera un arrebol  
por volverte nube hermosa;  
oye, fuera nebulosa  
con tal de volverte sol!  
Oh mi alma, girasol  
de una estrella soberana,  
que vas con angustia vana  
demandando sus reflejos:  
No ves que brilla muy lejos?  
—Y el alma dice: «Mañana!»

VIII

Oh! Jamás, jamás creí  
al ir de tu vida en pos,  
estar tan cerca de Dios  
estando cerca de tí!  
Doliente como Noemi,  
en tu duelo hay tal alteza—  
—el duelo es una nobleza—  
que cuando te miro pienso:  
Necesito ser inmenso,  
grandeza pide grandeza!

IX

Dí, qué virtudes exhalas  
que aunque estoy de tí distante  
hay en mi alma una constante  
peregrinación de alas?  
Porque en mi espíritu igualas  
con tu beldad á la intensa  
visión de Dios? . . . . . Cuán inmensa  
es la fe que te interroga!  
Soy el cometa que boga  
y tu la estrella que piensa!

X

Tus ojos! lago risueño  
ó doliente, á donde llega  
tenué luz y en que navega  
cual góndola azul el sueño . . . . .  
oh! tus ojos! qué beleño  
dan á mis ansias! qué bellas  
titilaciones de estrellas!  
Dos pupilas que son dos  
milagros . . . . . Tan solo Dios  
es mas hermoso que ellas!

XI

No! yo no tengo en mi historia  
un cariño como el tuyo;  
alabarte es un orgullo  
y quererte es una gloria.  
¡Que perezca la memoria  
de antiguas insensateces!  
sólo tú laude mereces  
y ante tu alteza y mi amor  
he de ser siempre mayor  
puesto que tú me engrandeces!

XII

Oh Josefina, un profundo  
clamor diciéndome está  
que eres un ángel que va  
de incógnito por el mundo.  
Tu poder al infecundo  
estro donó la simiente  
y es hoy el estro potente  
hasta unir en sus querellas  
al salmo de las estrellas  
la rapsodia del torrente.

XIII

. . . . . Pero su fuerza no ignora  
tampoco los cantos suaves:  
es mar que arrulla las naves  
después de azotar la prora!  
Para tí, mi Emperadora,  
pues que te quiero, no temas,  
tendrá caricias supremas,  
será leve como un tul  
inmenso: un piélago azul  
lentejueado de gemas.

XIV

Y si ayer los embelesos  
de tus dieciseis abriles  
cantó con versos gentiles  
en que temblaban los besos,  
Hoy ya no más seran esos  
tus pregones ideales.  
Pues que tus gracias son tales,  
te labraré con mis brazos  
estrofas á martillazos  
en granitos inmortales!

Amado Nerro



# Páginas de la Moda



FIG. 1.—TOILETTE DE CALLE.

FIG. 2.—TRAJE DE TERTULIA.

## RECETAS UTILES.

El agua hirviendo quita la mayor parte de las manchas de fruta. Se vierte aquella á través de un tamiz muy fino á fin de no mojar más tela que la necesaria.

El jugo de jitomate maduro quita las manchas de tinta del lienzo y de las manos.

El petróleo ablanda el cuero de los zapatos y del calzado endurecido por la humedad, lo pone tan flexible como cuando está nuevo.

El agua fría de lluvia, mezclada con un poco de sosa, quita la grasa de todas las telas que se pueden lavar.

### ALFAJOR DE COCO.

Se clarifican cinco libras de azúcar, mezclándose

después dos cocos rallados, dejándose en la lumbre hasta que tome punto de conservilla, se le añade entonces bizcocho tostado y martajado, el necesario para que espese, no dejando de moverlo hasta que despegue por todos lados; entonces se vacía sobre una mesa cubierta con obleas, emparejándose luego y cortándose del tamaño que se quiera; pero no se dividen los alfajores sino después que se haya enfriado la pasta

### PARA TENER DINERO.

Trabaja cuanto puedas. Si no tienes trabajo, búscalo; y si no lo hallas, invénalo.

Nunca trabajes de balde, pero cuando los tiempos sean malos, trabaja por lo que te paguen.

De tu jornal coje la parte que necesites para tus gastos justos y guarda lo demás.

No te aflijas de guardar sólo un real que de uno en uno juntarás un peso y después cien.

No compres lo que no necesitas con urgencia, y no te verás en el caso de vender lo necesario para tu servicio.

No seas mezquino por ser económico; pero tampoco gastes demasiado por aparecer desprendido.

No juegues, porque te roban; no bebas, porque te burlan; no enamores, porque te engañan.

Casate, pero con mujer económica y de tu clase.



FIG. 3.—CESTO PARA PAPELES.

## De Alfonso Karr.

Suprimamos la pena de muerte—bien está—pero que los señores asesinos comiencen.

—Los mendigos roban á los pobres.

—Vosotros á vuestra vez habéis predicado el dogma absurdo de la igualdad, que consiste, no en elevarse hasta los otros, sino en abatir á los otros hasta sí; y después os admiráis y preguntáis ingenuamente: «¿Qué quiere la clase laboriosa? La clase laboriosa quiere simplemente no trabajar.

—El número de escritores es ya innumerable y ya irá creciendo, porque es el solo oficio, con el arte de gobernar, que se atreve uno á ejercer sin haberlo aprendido.

—Se comparan las flores á las mujeres: hay error en esto. Siempre existirá entre ellas esta diferencia: que las flores son bellas y no lo saben.

—Se llama edad de oro á la época en que el oro era desconocido.

—Hay dos cosas que las mujeres no perdonan: los negocios y el sueño.



FIG. 4.—CESTO PARA PAPELES.



FIG. 5.—DOS TRAJES PARA NIÑOS.

### NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—TOILETTE DE CALLE.

Es de sarga de lana, y está formado de un cuerpo muy ceñido con acuchillados paralelos de terciopelo. La falda lleva un gran acuchillado de seda figurando una falda interior muy elegante.

FIG. 2.—TRAJE DE TERTULIA.

De tul de seda figurado, formando una falda toda avolantada. Cuerpo holgado abierto en escote triangular. Hombros muy elegantes, formando jockeys. Gran cinturón de raso con lazo á la izquierda.

FIG. 5.—DOS TRAJES PARA NIÑOS.

Un frock escocés con plastroncito de muselina de seda plissé, encuadrado por un volante para bebé; y un frock de sarga de lana con blusa fruncida que remata en el pecho en otro plastroncito plissé para niña de 6 á 8 años. Mangas á gran abullonado. En la falda, adorno al sezgo de cinta de seda.

FIG. 6.—GRUPO DE TOILETTES DE MEDIA ESTACION.

Gran blusa plissé de satín acordonado y bandas de raso crema. Toilette de sarga con jacquet militar. Delantero y espalda. Capa de casimir de damas gris perla, con solapas dobleé de tafetán.

#### OBJETOS PARA SALON.

Damos con los números 3, 4 y 7. Un elegante cesto para escritorio, una cubierta bordada para piano y otro cesto para escritorio de rara forma y hermosos lazos. El primer cesto es cilíndrico, de canevás con grandes motas.

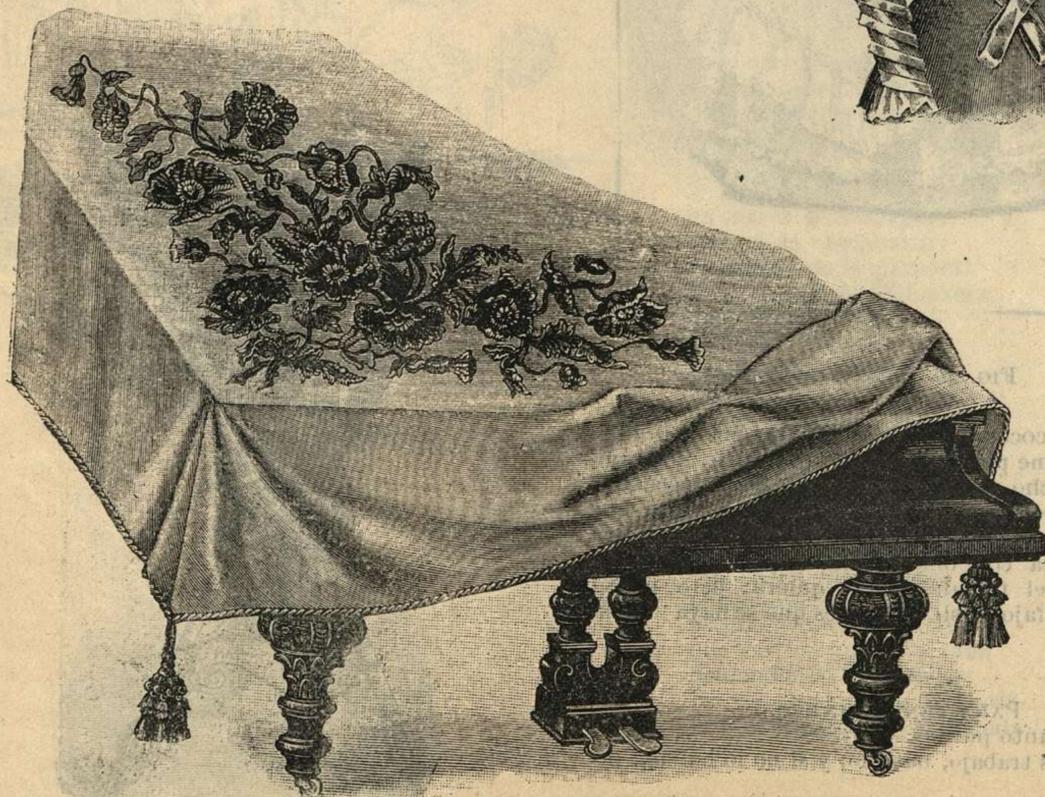


FIG. 7.—CUBIERTA DE PIANO.

## LA MUERTE DEL ALCOHOL.

Este es un problema importantísimo que actualmente preocupa y apasiona tanto al fisco como á los industriales europeos, aunque uno y otros lo consideren y estudien desde muy distinto punto de vista.

El problema es éste: encontrar una substancia, alcoholoide de preferencia, que inutilice el alcohol como bebida, conservándole sus demás propiedades físicas y químicas, pero sin que por ningún medio pueda volver á servir para beberlo.

El objeto del problema es este otro: la razón de ser de los fuertes gravámenes que en todas partes impone el fisco al alcohol, es que se le considera como un artículo superfluo y por añadidura de aquellos cuyo consumo importa restringir por peligroso, mediante el recargo de las contribuciones que, encareciéndolo, hacen que sea poco accesible ó limitan el abuso que, á pesar de las sabias leyes, se hace de él.

Pero si muchos solo compran y á cualquier precio, el alcohol para embriagarse, las más variadas industrias lo necesitan y desean ávidamente para loables fines.

Por consiguiente, sería un gran hallazgo encontrar el medio de que el alcohol continuara siendo caro para el vicio y barato para el trabajo y los fines útiles, sin que los bebedores pudieran aprovecharse de la franquicia concedida tan solo en bien de la industria.

La Cámara Sindical de Perfumeros franceses ofreció un premio de veinticinco mil pesos plata, al químico que le indicara una substancia que inutilizando el alcohol como bebida, le conservara su olor, color y propiedades disolventes de los aceites esenciales; no siendo venenoso, ni antihigiénico y pudiendo ser adquirido en grande escala y á precio bajo.

El premio no ha sido ganado hasta hoy.

Otros industriales solicitan de los químicos igual estudio, aunque según el objeto á que destinan el alcohol, exigen que conserve tales ó cuales propiedades de preferencia.

Por su parte, varios gobiernos europeos ofrecen exceptuar de derechos á ese alcohol industrial exclusivamente.

Como se ve, el problema es de los más interesantes y digno de llamar la atención de los hombres de ciencia porque es altamente remunerativo y provechoso para todos, puesto que una vez resuelto dará riguroso impulso de la industria productora de alcoholes y á las que necesiten de este producto forzosamente.



FIG. 6.—GRUPO DE TOILETTES DE MEDIA ESTACION.

## OTRO PAGO DE \$2,000 00 DE "LA MUTUA" EN MEXICO.

Timbres por valor de \$2,00 cs. debidamente cancelados.

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company of New,» la suma de (\$2,000) dos mil pesos plata mexicana, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número 810,628 bajo la cual y á mi favor estuvo asegurado mi finado hermano D. James Devereux; y para la debida constancia en mi carácter de beneficiaria nombrada en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en el Mineral de El Oro, E. de México, á 10 de Febrero de 1899.

Firmado.—JOHN DEVEREUX.—Rúbrica.

Un timbre de \$0.50 cs. debidamente cancelado.

El Juez que subscribe, Certifica: que hoy compareció ante mí el Sr. John Devereux y previa lectura del recibo anterior lo certifico en todas sus partes, reconociendo como suya, de su puño y letra la firma puesta al calce y que expresa á su nombre. Y firmo esta certificación. El Oro, Febrero 10 de 1899. Doy fé.

Firmado.—TRINIDAD G. TRUFFILLO.—Rúbrica.

A. P. VIEYRA.—A. LUCIO CORREA.—Rúbricas.